

ENVEJECER: UNA CUESTION DE DESIGUALDADES

A partir de una serie de datos empíricos, el autor de este artículo pone de manifiesto la influencia de los condicionantes socioeconómicos en el proceso de envejecimiento y analiza las políticas que al respecto se desarrollan. El autor defiende que la edad deje de ser el criterio selector de determinadas prestaciones y que se sustituya por factores como la pérdida de capacidades o las preferencias personales, de forma que la vejez deje de ser una categoría socialmente construida en torno a la edad y el retiro.

Acerca del envejecimiento, dos cosas muy diferentes deben ser comprendidas. Por una parte, se trata de un proceso universal que nos hace a todos iguales en cierto sentido. Por otra, cada individuo envejece de modo diferente, convirtiendo el problema en una cuestión de desigualdades, muchas de las cuales tienen un origen social. Claramente, procede hablar de modos y ritmos desiguales de envejecimiento¹.

Las consecuencias de los avances científicos también son dispares. Son saludables, en principio, todos aquellos descubrimientos que contribuyan a evitar el sufrimiento, la enfermedad y la muerte temprana. Por el contrario, esos mismos avances producen efectos perversos desde el momento en que, debido a las diferentes posibilidades de acceso por parte de los individuos y grupos sociales a los nuevos recursos, éstos ensanchan y profundizan

¹ Un desarrollo más extenso del enfoque teórico que aquí proponemos puede encontrarse en A. Alfageme (1999), "Envejecimiento y desigualdad social", *RIS*, 24 (pp. 121-135).

aún más las desigualdades sociales. Esto es visible hoy en día, tanto a escala nacional o local como, de forma quizá más dramática, a escala mundial. Llevado el asunto a un extremo hipotético y poco probable seguramente, la posibilidad de evitar el envejecimiento sería lo más deseable desde el punto de vista científico-biológico, pero lo más indeseable desde el punto de vista de la desigualdad social, puesto que dividiría el mundo en dos categorías profundamente desiguales: mortales e inmortales². Alcanzar la inmortalidad nos parece muy poco probable y objeto más bien de la ciencia-ficción, pero lo que sí parece cada vez más cercano es que las desigualdades entre los seres humanos lleguen a ser una cuestión de progreso científico-tecnológico y su aplicación y distribución entre la población, un asunto social en definitiva.

En otro orden de cosas y a la vista de la literatura y los hechos, la proclividad de los ancianos a la marginación es una realidad bien conocida³. No obstante, hemos de ser precavidos a la hora de considerar tal fenómeno. La división entre adultos y ancianos puede resultar relevante, pero pueden serlo aún más otras divisiones sociales ajenas a la edad, a la jubilación o a las capacidades

² Puede verse en la revista *Science Online* un interesante debate abierto a partir del artículo de J. Harris, "Intimations of Immortality" (*Essays on Science and Society*, *Science* 2000, 288:59), acerca de la posibilidad científica de alcanzar la inmortalidad y las consecuencias sociales que traería consigo.

³ Tres grandes obras nos parecen especialmente reveladoras de la tendencia de los ancianos a la marginación: V. Alba (1992), *Historia social de la vejez*, Laertes, Barcelona; S. De Beauvoir (1989), *La vejez*, Edhasa, Barcelona; y T. San Román (1990), *Vejez y cultura*, Fundación Caja de Pensiones, Barcelona.

psicofísicas. Es lo mismo que ocurre cuando se observan otros factores de marginación, como el sexo o la raza. Las desigualdades sociales entre las mujeres, o entre los gitanos, pueden ser mayores que las existentes entre hombres y mujeres, o entre gitanos y payos. Unos factores de marginación y pobreza se cruzan con otros. La consideración exclusiva de alguno de ellos conduce a una homogeneización irreal del colectivo en cuestión, sea el de los ancianos, el de las mujeres, el de los gitanos o cualquier otro. Y si alguna división supera en el mundo contemporáneo a todas las demás, ésta es la que resulta de la desigualdad social entre ricos y pobres. Desde una perspectiva histórica de la vejez, el contraste entre ancianos ricos y pobres es lo más destacable desde los últimos siglos hasta la actualidad⁴. El proceso corre paralelo a la penetración del capitalismo, y produce un cruce entre dos dimensiones básicas: clase social y edad.

1. ENVEJECIMIENTO Y CONDICION SOCIOECONOMICA

En esta línea, hemos tratado de apoyar la hipótesis de que la condición socioeconómica influye en el proceso de envejecimiento. Los más pobres, en general, envejecen peor y más rápido. Algunas investigaciones han dejado claro que la población menos favorecida socioeconómicamente es más proclive a la enfermedad y a la muerte⁵. Tratamos de ir un poco más lejos para afirmar que es el proceso real de envejecimiento lo que está en juego. Para ello, es necesario partir de dos supuestos básicos. En primer lugar, el envejecimiento no puede ser definido de forma unívoca, sino que es necesario hablar de dimensiones del envejecimiento.

En pocas palabras, cualquier factor que acelere o provoque procesos de deterioro físico, psíquico y/o social es factor real de envejecimiento. En segundo lugar, lo físico, lo psíquico y lo social no son compartimentos estancos, sino que evolucionan conjuntamente en una dinámica de mutua determinación e influencia⁶.

⁴ Informe Gaur (1975), La situación del anciano en España, Confederación Española de Cajas de Ahorro, Madrid (p.23); I. Casáis (1982), Sociología de la ancianidad en España, Mezquita, Madrid (p.20).

⁵ Véase, por ejemplo, el trabajo de J.A. Rodríguez y J.M. De Miguel (1990), *Salud y poder*, CIS, Siglo XXI, Madrid.

⁶ Nos parece ejemplar, en este sentido, el libro de R.C. Lewontin, S. Rose y L.J. Kamin (1996), *No está en los genes. Crítica del racismo biológico*, Grijalbo Mondadori, Barcelona.

Uno de los correlatos característicos, si no el que más, del envejecimiento, es la pérdida de capacidades físicas, con la consecuente necesidad de ayuda o la imposibilidad de continuar realizando ciertas actividades de forma autónoma. Para observar empíricamente la relación entre discapacidad alcanzada y condición socioeconómica en una sociedad como la española, es necesario, en primer lugar, medir de alguna manera ambos conceptos, lo cual siempre lleva consigo problemas de validez y fiabilidad de los indicadores propuestos. En segundo lugar, es necesario controlar por la edad, puesto que la discapacidad aumenta, en términos medios, con la edad, mientras que la condición socioeconómica -medida, por ejemplo, a partir del importe de la pensión percibida y del nivel de instrucción- es inferior en términos medios para las personas de más edad (por razón de los efectos de cohorte y devaluación de las pensiones). Finalmente, es conveniente controlar también por sexo, puesto que la condición socioeconómica de las mujeres ancianas de nuestro tiempo es generalmente desfavorable con respecto a la de los varones, y sus discapacidades suelen presentar también diferencias.

La Tabla 1 proporciona un intento de esta serie de problemas para presentar la relación entre condición socioeconómica y discapacidad alcanzada, a partir de datos de una encuesta del CIS (estudio nº2072/1993 sobre "Apoyo informal a la tercera edad")⁷.

⁷ Las tres categorías de condición socioeconómica se establecieron a partir de la construcción de un índice que considera el Importe de la pensión percibida por los ancianos y su nivel de instrucción. La condición de "discapacitados" parte, a su vez, de la construcción de un índice a partir, principalmente, de la capacidad declarada por los encuestados para realizar una serie de actividades cotidianas, además de otros Indicadores de su estado general de salud, vista y oído. Los números de casos (N), se presentan sin ponderar, pues su único interés aquí es el de mostrar la significatividad de los porcentajes en cada caso (dado que el muestreo realizado por el CIS optó por una fijación no proporcional aumentando el número de encuestados de mayor edad, aparecen números de casos anormalmente elevados en estas categorías). Para una exposición más extensa y detallada de la Investigación realizada a partir de esta encuesta del CIS y de los procedimientos de construcción de los índices e Indicadores empleados, puede verse A. Alfageme (1999), De la pobreza de los viejos, a la vejez de los pobres (tesis doctoral), Universidad de Alicante, Publicaciones; y A. Alfageme (en prensa), "Algunas desigualdades en el envejecer de los ancianos españoles de los años noventa", REIS.

Porcentaje de "discapacitados" (P) y número de casos (N)
para cada categoría socioeconómica. Sexo y grupo de edad.
(Españoles mayores de 64 años)

	Categoría socioeconómica						Todos	
	Estrato rico		Estrato medio		Estrato pobre			
	P	(N)	P	(N)	P	(N)	P	(N)
Sexo-edad	8,4%	(283)	20,1%	(483)	33,7%	(184)	18,6%	(950)
Varón								
65 a 69 años	3,3%	(92)	13,1%	(107)	26,9%	(26)	10,7%	(225)
70 a 74 años	7,1%	(70)	10,9%	(101)	14,7%	(34)	10,2%	(205)
75 a 79 años	15,3%	(82)	26,8%	(149)	37,7%	(53)	26,4%	(284)
80 y más años	23,1%	(39)	40,5%	(126)	53,5%	(71)	41,5%	(236)
Mujer	19,7%	(250)	27,2%	(676)	44,7%	(510)	31,4%	(1.436)
65 a 69 años	14,7%	(68)	11,6%	(129)	15,9%	(63)	13,5%	(260)
70 a 74 años	11,6%	(69)	22,9%	(122)	39,3%	(84)	25,1%	(275)
75 a 79 años	27,7%	(65)	29,4%	(204)	46,1%	(167)	35,5%	(436)
80 y más años	47,9%	(48)	52,5%	(221)	70,9%	(196)	59,8%	(465)
Ambos sexos								
65 a 69 años	8,1%	(160)	12,3%	(236)	19,1%	(89)	12,2%	(485)
70 a 74 años	9,3%	(139)	17,5%	(223)	32,2%	(118)	18,7%	(480)
75 a 79 años	22,4%	(147)	28,3%	(353)	44,1%	(220)	31,9%	(720)
80 y más años	16,8%	(87)	48,1%	(347)	66,3%	(267)	53,6%	(701)
Todos	13,6%	(533)	24,2%	(1.159)	41,7%	(694)	26,1%	(2.386)

Vemos que el porcentaje de "discapacitados" aumenta regularmente a medida que la condición socioeconómica (estratos "rico", "medio" y "pobre") es más desfavorable. Esto es así para todos los grupos de edad, y tanto para los varones como para las mujeres. Las diferencias son suficientemente significativas y entendemos que huelga extenderse en comentarios numéricos. En relación con este hecho, resulta que las personas mayores que fueron y son más pobres son también menos activas socialmente y tienen una mayor tendencia a la insatisfacción personal y al aislamiento social. Las posibilidades de entrar en círculos viciosos de empobrecimiento y envejecimiento son claras.

Por lo demás, no es difícil abundar en razones para entender el porqué de la relación pobreza-envejecimiento. Para optimizar la calidad de vida en cuestiones como la alimentación, el ejercicio físico, los cuidados ante enfermedades o la adecuación de la

propia vivienda, es necesario un conocimiento acerca de lo que es mejor (instrucción adecuada), además de otros recursos (dinero principalmente) que permitan obtener los bienes y servicios de que se trate. En general, la pobreza genera más pobreza, teñida de procesos de deterioro físico y psíquico, marginación y aislamiento. ¿En qué más que en esto consiste el proceso real y socialmente significativo de envejecimiento? Lo que está en juego en todo momento, tanto si hablamos de empobrecimiento como de envejecimiento, es el desarrollo y la pérdida de capacidades, los "conjuntos de capacidad"⁸ de las personas.

Desde otros planteamientos, la encuesta del INE sobre "Deficiencias, discapacidades y minusvalías" pone de manifiesto que tanto las discapacidades como las minusvalías

⁸Término preferido por A. Sen (1995, Nuevo examen de la desigualdad, Alianza, Madrid, pp.53-56), para destacar su especial relevancia en el estudio de la desigualdad social.

aumentan a medida que disminuye el nivel de instrucción e ingresos de los sustentadores principales de los hogares. Además, interesa destacar que, referido únicamente a las personas que padecen discapacidades (desventajas objetivas como consecuencia de alguna/s deficiencia/s), el porcentaje de ellas que además padecen minusvalías (consecuencias que tales desventajas producen a nivel social) aumenta también en función del nivel de instrucción e ingresos. Como se señala en la publicación de resultados por parte del propio INE, ello puede deberse tanto al hecho de que las discapacidades de los más desfavorecidos sean más graves como a su menor disponibilidad de recursos para superar socialmente las discapacidades. Es el binomio discapacidad-barreras, y no uno sólo de sus componentes, el que produce minusvalías, y las barreras tienen que ver con un variado repertorio de recursos individuales y comunitarios, circunstancia ésta que de nuevo coloca a los más pobres en desventaja, acelerando eventuales procesos de deterioro físico y psíquico.

2. POLITICAS DE VEJEZ, POLITICAS DE ENVEJECIMIENTO

La aplicación de políticas es posterior a la definición de la categoría social hacia la cual van dirigidas. La categoría denominada "vejez" se define con práctica exclusividad a partir de la edad de jubilación, generalmente los 65 años y, excepcionalmente, anticipada o retrasada. El grupo de población así definido es el beneficiario de las políticas de vejez, protagonizadas por los sistemas de pensiones, actividades programadas de "entretenimiento", y asistencia a los ancianos realmente dependientes.

En realidad, esta clase de políticas no enfrentan bien la pobreza ni la vejez. No la pobreza porque se accede a las prestaciones por razón principal de la edad y tienden a reproducir la desigualdad anterior. Tampoco la vejez porque no consideran la posibilidad de haber envejecido realmente a una edad anterior ni, por supuesto, la de no estar viejo a una edad establecida. La diferente utilización y conocimiento de los servicios que conforman esas políticas viene a mostrar la desventaja que experimentan los más desfavorecidos socioeconómicamente. La Tabla 2 pone de manifiesto que entre los más pobres es bastante inferior el porcentaje de personas que conocen o saben de la existencia de una serie de servicios públicos y prestaciones sociales típicamente dirigidos a las personas mayores.

Tabla 2

Porcentajes de personas que conocen o saben de la existencia de diversos servicios públicos y prestaciones sociales para la tercera edad, para cada categoría socioeconómica (Españoles mayores de 64 años)

	Categoría socioeconómica		
	Estrato rico	Estrato medio	Estrato pobre
	(617)	(1.195)	(653)
Servicios, prestaciones:			
Hogares y clubs	93%	88%	77%
Comedores	61%	51%	47%
Vacaciones o viajes	89%	83%	68%
Residencias	86%	81%	70%
Balnearios	74%	66%	52%
Ayuda a domicilio	80%	67%	56%
Reducción de tarifas	82%	71%	56%

Fuente: CIS, estudio n^o2072, 1993 (elaboración propia)

Esta serie de servicios, satélites de la jubilación forzosa, tienden acentuar la construcción social de la vejez, de acuerdo con los postulados defendidos por los teóricos de la "dependencia estructurada"⁹. Al margen de estas consideraciones críticas, interesa destacar el hecho de que los más desfavorecidos socioeconómicamente están menos informados incluso acerca de aquellos servicios y prestaciones que el Estado pone a su disposición. Las carencias en cuanto a la información entran a formar parte del círculo vicioso de empobrecimiento y envejecimiento.

Es evidente que las políticas de vejez deben incluir un componente asistencial dirigido especialmente a los ancianos dependientes por razones de deterioro psicofísico. La atención a una persona con problemas de demencia puede llegar a hipotecar las actividades de un hogar entero. Es conocida, sin embargo, la persistencia de listas de espera para el ingreso en residencias públicas. El problema, de nuevo, azota especialmente a los hogares que disponen de menos recursos y no pueden hacer frente al elevado coste del internamiento en centros privados o de la contratación de ayuda externa dentro del propio hogar.

Sin embargo, desde la perspectiva que estamos proponiendo, las políticas de vejez deben ser más de envejecimiento y operar

en conexión con una lucha contra las desigualdades sociales y la pobreza. Un tipo de intervención, en definitiva, más preventiva y no dirigida exclusivamente a un grupo de edad.

Se ha defendido con razones de peso la pertinencia de una "política de las edades y el envejecimiento"¹⁰, consistente en emprender una verdadera renegociación de la protección social. Ni las políticas de formación, por ejemplo, se concentrarían específicamente en la juventud, ni las de tiempo libre y las transferencias sociales en la etapa final de la vida. Para ello es preciso, y es difícil, un nuevo compromiso entre los diferentes actores sociales (la patronal, los sindicatos y asociaciones y los poderes públicos). En cualquier caso, la edad, cuya única ventaja es la objetividad, no debería ser el factor principal que conduce a la jubilación y que da derecho a determinadas prestaciones. En su lugar, se podrían considerar, combinándolos adecuadamente, otros dos factores bien diferentes. Por una parte, la situación real en cuanto a dependencia y pérdida de capacidades. Por otra, sencillamente, las preferencias de las personas a cualquier edad. De esta manera, la vejez dejaría de ser una categoría socialmente construida en torno a la edad y el retiro. No podemos olvidar que envejecemos desde

muy temprano. Con seguridad, desde que dejamos de crecer. La vejez, que es resultado de un proceso e imprecisa en su extensión, no puede depender de una norma cronológica, aunque esto la convierta en algo preciso y socialmente planificable.

Para finalizar esta síntesis, es justo incluir algún comentario acerca de los problemas que plantea el proceso de envejecimiento demográfico en que nos encontramos inmersos. En nuestra opinión, también aquí juegan un papel central las desigualdades sociales. Así, el verdadero problema podría presentarse en dos frentes. En primer lugar, el de los auténticos ancianos dependientes. Estos abundan más, lógicamente, entre los grupos de edades más avanzadas, que son protagonistas claves del proceso. En segundo lugar, podría acentuarse el problema de los ancianos con menos recursos. No se puede suponer que ellos vayan incorporando las características de instrucción, participación y previsión económica que para la mayoría de los ancianos se espera con cauteloso optimismo. Nuevas carencias amenazan siempre a los estratos sociales más bajos.

ALFREDO ALFAGEME CHAO
UNIVERSIDAD JAUME I DE CASTELLÓN